

5 de agosto 2020 -143

REGALANDO POEMAS

Lo he visto muchas veces en uno de los históricos puentes que hay en el río que corre a los pies de la Alhambra. Con una muy vieja y antigua máquina de escribir, una mesa plegable, una también muy vieja silla de madera y varios papeles. Escribiendo poemas en hojas desteñidas y regalándoselos a las personas que por este lugar transitaban. De vez en cuando, algunas de estas personas, le dejaban pequeñas monedas y otras veces solo recibía a cambio las gracias. Parecía no importarle pero en el fondo, se veía que esto era lo que necesitaba: Recibir algunas monedas para comprarse un bocadillo o cualquier otra cosa que necesitaba para sobrevivir.

Cuando apareció el virus, en esta ciudad y otras muchas, a todos nos encerraron en las casas. Dejó de ponerse en el puente a vender poemas y dejaron de pasar las personas por la calle. Durante mucho tiempo, más de cuatro meses, nadie ha sabido qué ha sido de él. Ni un solo día se le han visto por el puente vendiendo sus poemas, nadie ha sabido dónde ha vivido, de qué modo se ha alimentado ni cómo ha soportado los silenciosos días del encierro. Como si las cosas hubieran ocurrido en un sueño y así, de la noche a la mañana, la vida de todas las personas y en el mundo entero, hubieran girado hacia una extraña y muy larga noche oscura.

Pero en mi sueño, esta noche lo he visto. Hoy, casi cinco meses después del día del gran silencio, las personas vuelven a pasar por las calles y por el viejo puente del río a los pies de la Alhambra. Con las bocas tapadas y sin sonrisas y buscando no se sabe qué. Por una de las calles de la ciudad, lo he visto llevando en una mano la mesa plegable y en la otra, la vieja máquina de escribir. Busca un sitio para ponerse a escribir poemas y regalarlos y parece no encontrarlo. Por las calles no pasan turistas y a los de la ciudad, ni le interesa su presencia ni sus poemas. Pero él camina llevando en una mano la mesa plegable y en la otra, la vieja máquina de escribir y también parece como si buscara algún lugar donde esconder o dejar la mesa y la silla para, cuando vuelva otro día, tenerla a mano. Tampoco encuentran donde dejar su mesa y la máquina de escribir pero no se desanima. Camina y camina y no sabe a dónde va. Como, si a pesar de todo, en su corazón no se hubiera apagado la ilusión de encontrar en algún momento lo que sinceramente necesita.